

doctrina de la verdad, no puede preguntar lo que debe hacer ante todo, si debe enseñar a los hombres, defenderles contra los enemigos, distraerles, ofrecerles los placeres de la vida o auxiliar a aquellos que perecen de indigencia. Una fuente no se extiende sobre la tierra, no llena los estanques y no sacia la sed de los animales o de las personas, hasta tanto que no ha saciado la de la tierra; igualmente el hombre que conoce la doctrina de la verdad, no puede contribuir a satisfacer las necesidades menos imperiosas de los hombres hasta que ha satisfecho su primera necesidad, es decir, después de haber contribuido a alimentarles, después de haber evitado la muerte, que proviene de la lucha contra la miseria. El hombre que profesa, no con palabras, sino con actos, la doctrina de la verdad y del amor, este no puede equivocarse sobre el fin a que debe dirigir su actividad. Jamás el hombre, para quien el sentido de la vida consiste en servir a los otros, podrá equivocarse, hasta el punto de creer que sirve a los que mueren de hambre y de frío, redactando leyes, fundando cánones, trabajando en objetos de lujo o tocando el violín o el piano.

El amor no puede ser necio. Lo mismo que el amor hacia una persona no se manifiesta leyéndole novelas si tiene hambre, o regalándole pendientes de gran precio si tiene frío, del mismo modo es inadmisibles que el amor al prójimo consiste en divertir a los hartos y en dejar morir en la miseria a los que padecen hambre y frío. El verdadero amor, aquel que se manifiesta no por palabras, sino por actos, lejos de ser ininteligente, es el único en dar, por el contrario, la verdadera sagacidad y la verdadera sabiduría. Tampoco el hombre que se siente invadido por el amor podrá equivocarse; realizará en seguida la primera acción que exige el amor hacia los hombres, socorrerá a los que tienen hambre y frío, y a los que sufren.

Pero socorrer a los hambrientos, y en una palabra a los desgraciados es luchar cuerpo a cuerpo con la naturaleza. Aquel únicamente que quiere engañarse a sí mismo y engañar a los otros, puede, en el momento del peligro y de la lucha de las gentes contra la miseria, negarse a llevarlas socorro, aumentar su infortunio y a afirmarse a sí mismo, igual que a aquellos que perecen delante de él, que existen otras ocupaciones o que busca un medio para salvarlas.

Un hombre franco, un hombre para el que la vida consiste en hacer el bien, no podrá emplear tal lenguaje; y si diese esta respuesta, no encontrará jamás en su conciencia la aprobación de su mentira; tan solo podrá encontrar una defensa en la teoría astuta y diabólica de la *División del Trabajo*.

Entre todas las doctrinas sobre la sabiduría humana, desde la de Confucio hasta la de Mahoma, no se encontrará esta idea expresada de una manera tan singularmente precisa como en el Evangelio. Con el Evangelio se llegará al convencimiento de la necesidad de servir a los hombres, no por la teoría de la división del tra-